

## La Revolución Mexicana entre los discursos académico y literario. Un atisbo historiográfico

### Resumen

El tratamiento historiográfico que se le dio a la Revolución Mexicana desde el horizonte académico, pone atención en la llamada corriente *revisionista*; para lo cual incorporo en este debate la novela *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibargüengoitia, esto puede contribuir notablemente al análisis de un suceso histórico con múltiples lecturas y representaciones.

**Palabras clave:** Revolución Mexicana, historiografía, revisionismo, *Los relámpagos de agosto*, Jorge Ibargüengoitia.

### I. La Revolución Mexicana. Revisando el revisionismo

*La revolución mexicana es el referente a partir del cual pensamos, nos movemos e indagamos el pasado, incluso el más remoto*

Arnaldo Córdova

En la historiografía mexicana contemporánea, la revolución de 1910 ha ocupado un lugar privilegiado en los debates académicos no sólo por el número de trabajos realizados en su nombre, sino también por las diferentes maneras de aprehender dicho acontecimiento. La re-

volución entonces, pronto se convirtió en el ancho pedestal en el que investigadores de distintos campos de las ciencias sociales (historiadores, sociólogos e historiógrafos) se apoyaron para construir sus particulares discursos.<sup>1</sup>

Ahora bien ¿Por qué la revolución mexicana ha sido un tema recurrente en el

---

*ción y análisis*, el 12 de marzo de 2010 en la Universidad Autónoma de Baja California, (UABC), Tijuana, México y en el V *Encuentro de Estudiantes de Maestría y Doctorado en Historia, Interpretaciones de la Historia en el año conmemorativo de los centenarios*, el 22 de junio de 2010, en la Universidad de Guanajuato.

<sup>1</sup> Hasta el año de 2006, la revolución mexicana fue la única coyuntura histórica que contó con una institución oficial concebida para analizar este proceso: el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), fundado en 1953 y dependiente de la secretaría de Gobernación.

\* Doctorado en Historiografía, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Un fragmento de este trabajo fue presentado como ponencia en el Congreso Internacional *Independencia y revoluciones en nuestra América. Conmemora-*

análisis histórico e historiográfico? La respuesta estriba en que este acontecimiento resulta muy atractivo por las distintas interpretaciones que puede ofrecer este particular. Así, entre las múltiples maneras de narrar un suceso histórico, con tantas vetas de análisis, se encuentran aquellas que conforman tradiciones de interpretación que comenzaron a gestarse en el siglo pasado.

Justamente, en la primera mitad del siglo XX emergieron dos tipos de historiografía: la primera (1920-1940), de índole testimonial o "vivencial" con importantes historiadores como Vito Alessio Robles, Alfonso Teja Zabre y Jesús Silva Herzog, cuyas obras (testimonios y memorias) explicaban la realidad convulsa del país asentado en un proyecto de nación regido por los postulados revolucionarios. La segunda corriente (1950-1960) estuvo representada por el naciente ámbito académico de la carrera de la historia en México. Cabe destacar que la profesionalización de la historia en México se inicia en la década de los cuarenta cuando se instituyen los primeros centros académicos en donde se especializa el oficio del historiador.<sup>2</sup>

Sin embargo, ambas posturas difundieron la errónea imagen de una revolución triunfante, de una magna epopeya popular y agrarista que ayudó ideológicamente a la legitimación de los gobiernos priístas. Debido a esta acotada lectura, se simplificó la explicación de la revolución mexicana como el enfrentamiento romántico del "pueblo" en contra de las oligarquías dominantes.<sup>3</sup>

Sin embargo, más allá de estas visiones reduccionistas, es importante destacar que desde los años cuarenta ya había voces críticas dentro y fuera del partido oficial como las de Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog o Manuel Moreno Sánchez, quienes abiertamente denunciaron el agotamiento de las banderas de la revolución mexicana por culpa de la corrupción imperante de la clase política en el poder.

Más adelante, en 1955, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, dirigida por Salvador Azuela (hijo del célebre novelista Mariano Azuela) organizó los Cursos de Invierno en los que se empezó a generar un abierto debate entre importantes figuras académicas e intelectuales de la segunda mitad del siglo XX, con el objetivo de revisar los resultados de la revolución mexicana a casi medio siglo de su irrupción.<sup>4</sup>

En este horizonte, tal como subraya el historiador Álvaro Matute, a mediados de los años cincuenta se sentaron las bases de un revisionismo, "no propiamente historiográfico, sino decididamente político", con una orientación distinta al tipo de revisionismo que se construirá a fina-

---

Ross. Cf., Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, pp. 68-74.

<sup>4</sup> La temática tratada en los cursos puede dividirse en tres grandes rubros: historia intelectual, historia de la revolución como fenómeno histórico y cuestiones estructurales y entre las personalidades que participaron destacan José Alvarado, Salvador Azuela, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas, Enrique González Casanova, Juan Hernández Luna, Xavier Icaza, Francisco Larroyo, Lucio Mendieta, Manuel Moreno Sánchez, Manuel Parra, Octavio Paz y Rodolfo Usigli. Revítese Álvaro Matute, *Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Historia*, p. 7.

<sup>2</sup> Carmen Valdez, et. al., *Siglo XX. Historiografía general*, pp. 7-15.

<sup>3</sup> En esta escuela sobresale el historiador Stanley

les de los años sesenta. Por lo antes citado, Álvaro Matute asevera que el objetivo de los Cursos de Invierno de 1955:

(...) No era para precisar interpretaciones históricas, sino discutir el rumbo que estaba tomando el país, bajo el amparo de una revolución mexicana convertida en ideología, que poco tenía ya qué ver con la realidad. Intelectuales como Luis Cabrera, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas habían sido, como los define Stanley Ross, *sepultureros de la revolución...* (ya que) pusieron de manifiesto el carácter irónico del discurso revolucionario: la práctica era lo contrario de lo que decía la voz de los ideólogos.<sup>5</sup>

Más adelante, en 1960, en medio de los festejos por el cincuentenario de la revolución mexicana que el régimen de Adolfo López Mateos celebra con dispendio, importantes académicos de la talla de Moisés González Navarro, Juan Hernández Luna y Manuel Moreno Sánchez, discrepan de ese ambiente festivo y cuestionan los resultados y desgaste de la revolución que para estas fechas se había convertido en una verdadera "ideología" que es utilizada pragmáticamente por la clase política priísta.<sup>6</sup>

Será a finales de la década de los sesenta, especialmente a partir del coyuntural año de 1968, cuando la emergencia y participación de los sectores universitarios de clase media, inconformes con los demagógicos resultados de la revolución "gloriosa" que los aparatos ideológicos del Estado difundieron en sus obras, demandaron una reinterpretación más amplia de dicho acontecimiento histórico.

A esta novedosa manera de abordar la revolución con una percepción crítica sobre el pasado reciente del país, académicamente se le dio el nombre de *Revisionismo* y, discrepará del tipo y tono de la historiografía positivista, empírica y documentalista que se elaboró en la primera mitad del siglo XX. En este horizonte, diversos investigadores adscritos a esta nueva corriente, cuestionaron las "conquistas revolucionarias" en la que los gobiernos priístas se apoyaron para legitimar el ejercicio autoritario del poder.

El revisionismo entonces, comenzó a difundir su visión de la historia desde un horizonte de enunciación que se apoyó en el academicismo y cuya recepción de las obras descansó en las clases medias urbanas (universitarios en su mayoría), todo lo anterior en un contexto socioeconómico y cultural agitado, en el que algunos sectores expresaban su deseo de participación y cuestionaban abiertamente a un sistema político en crisis emanado de una supuesta revolución "nacionalista y justiciera".

Con los revisionistas emergen nuevas metodologías que retoman elementos de distintas disciplinas (historia, sociología, ciencias políticas o antropología) que fueron adquiriendo relevancia en el ámbito de lo histórico. Por lo tanto, nuevas teorías y metodologías, de disciplinas afines a la Historia, se retoman para dar cuenta de la misma. Se pasa de una historiografía meramente descriptiva a una historia analítica.

Cabe apuntar que los revisionistas tomaron elementos de otras historiografías (francesa, inglesa, norteamericana) que enriquecieron y consolidaron a la disciplina en nuestro país. Por consiguiente, en espacios académicos extranjeros,

<sup>5</sup> *Ibidem.*, p. 5.

<sup>6</sup> *Ibidem.*, p. 14.

norteamericanos principalmente (Frank Tannenbaum, Eyer Simpson, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson o John Womack) nació un profundo interés por analizar el pasado de México, la llamada historiografía mexicanista.<sup>7</sup>

Asimismo, es digno de resaltar que esta nueva historiografía tuvo acceso a fuentes primarias antes inaccesibles lo que repercutió en investigaciones de mayor calidad y fundamento.<sup>8</sup> Esta novedosa historiografía privilegió elementos de análisis antes vedados o menospreciados para comprender las causas detonantes del proceso revolucionario y sus consecuencias.

Los revisionistas dan cuenta de la revolución mexicana, con amenas narrativas o frías descripciones de la localización geográfica; pormenorizando los procesos de organización y politización de los actores sociales; así como, la descripción detallada de los proyectos fracasados y utopías de los protagonistas, todo enmarcado en contextos sociopolíticos muy cambiantes y sumamente conflictivos, etcétera.

De esta manera, desde finales de los años sesenta se elaboraron numerosas investigaciones históricas que trataron de interpretar al movimiento revolucionario. En algunos trabajos se privilegió la posición ideológica marxista (Arnaldo

Córdova, Enrique Semo o Adolfo Gilly); en otros, se reivindicó el aspecto regional que se opuso a la versión centralista del país (Luis González y González); en algunos más fueron examinados caudillos, si no olvidados, sí poco valorados (Michael Meyer y Mark Wasserman) e igualmente se abrió espacio para otros enfoques desde una perspectiva cultural (Enrique Krauze, Carlos Monsiváis, o Mary Kay Vaughan).<sup>9</sup>

Posteriormente, a través de estudios de caso de diversas entidades federativas, durante los años setenta y ochenta varios investigadores examinaron las peculiaridades de la revolución mexicana. Cito como ejemplo a John Womack Jr. (Morelos), Romana Falcón (San Luis Potosí), Héctor Aguilar Camín (Sonora), Heather Fawler Salamini (Veracruz), Ian Jacobs (Guerrero) y Carlos Martínez Assad (Tabasco).<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Revisense Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución mexicana*, México, ERA, 1973; Enrique Semo, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, Ed. Nueva Imagen, México, 1979; Adolfo Gilly, *La Revolución Interrumpida*, Era, México, 1994; Luis González y González, *Pueblo en vielo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, FCE, 1996; Michael Meyer, *El Rebelde del Norte Pascual Orozco y la Revolución*, UNAM, México, 1984; Mark Wasserman, M., *Capitalistas, caciques y revolución, la familia Terrazas de Chihuahua*, Grijalbo, Libros de Enlace, México, 1988; Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976; Carlos Monsiváis, *Amor Perdido*, México, Era, 1977; Mary Kay Vaughan, *La política cultural en la Revolución. Maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*, FCE, 2000.

<sup>10</sup> John Womack, *Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1989; Romana Falcón, *Revolución y caciquismo, San Luis Potosí (1910-1938)*, México, El Colegio de México, 1984; Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1977; Heather Fawler Salamini, *Movilización campesina en Veracruz (1920-1938)*, México, Siglo XXI Editores, 1979; Ian Jacobs, *La revolución mexicana en Guerrero: una revuelta de*

<sup>7</sup> De igual manera, la influencia de la historiografía francesa se apreció en la obra de Francois-Xavier Guerra, mientras que la historiografía norteamericana aportó el uso de la cliometría basada en métodos cuantitativos combinados con la historia social. Finalmente, en los últimos veinte años las historiografías mexicana y mexicanista se han nutrido con las propuestas de Peter Burke, Michel de Certeau, Roger Chartier y James Scott.

<sup>8</sup> Archivo General de la Nación, archivos estatales y municipales, archivos de dependencias estatales, sindicatos y archivos personales.

Los autores citados partieron de la premisa de que la historia nacional no se puede explicar como la mera adición de historias regionales sino que se tienen que considerar ambos niveles de análisis. Por lo tanto, estos estudios demostraron que en la revolución no se da una idéntica participación de los sectores sociales en las distintas entidades federativas, ni que dicho proceso puede explicarse por una sola causal.

Sin embargo, para los años noventa, las interpretaciones de la Revolución mexicana toman un nuevo derrotero, especialmente porque desde 1982 a la fecha, nuestro país inició una radical reestructuración en los ámbitos económico y político que dejaron atrás el orden nacionalista revolucionario para imponer un nuevo modelo, de corte neoliberal, que prevalece hoy en día.

En este sentido, tal como destaca el historiador Luis Barrón, desde los años ochenta la categoría revolución mexicana parece haberse agotado como discurso legitimador del Estado y en este periodo se da un declive de investigaciones en torno a esta temática. Sin embargo, a la luz de nuevos paradigmas de interpretación y ante la cercanía del centenario de la irrupción de la revolución mexicana dicha coyuntura armada ha cobrado un nuevo auge en la academia mexicana y estadounidense.<sup>11</sup>

---

*los rancheros*, México, ERA, 1990; Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la revolución. El tabasco garridista*, 1979.

<sup>11</sup> Luis Barrón, *Historias de la revolución mexicana*. Entre las investigaciones que han examinado a la revolución mexicana desde nuevos paradigmas destacó la investigación de Javier Rico Moreno, *Pasado y futuro de la historiografía de la Revolución mexicana*, 2000.

En este escenario, la revolución mexicana ha sido examinada desde diferentes temáticas –cultural, política, memorias, económica, internacional, militar, regional, social, biográfica, etcétera– y desde distintos discursos libros, tesis, artículos, memorias, obras colectivas, biografías, documentales, películas, pinturas, novelas. Precisamente, este último género, la novela, en mi opinión no se ha atendido lo suficiente, cuando ofrece diferentes posibilidades que la historiografía puede recoger en su análisis.

## II. La historia y la literatura: Dos discursos ¿un camino?

*Si la historia no recibiera el esfuerzo de la literatura, nunca lograría ser cosa viva*  
Alfonso Reyes

En el campo de la historiografía crítica la peculiar relación entre la historia y la literatura ha abierto una serie de importantes debates que en gran medida han determinado el derrotero de estos ámbitos. Dichas discusiones académicas que si bien rebasan los objetivos de este ensayo, resulta pertinente abordarlas en función a las múltiples miradas que tiene consigo la revolución mexicana.

Así, teóricos de la historia como Paul Ricoeur, Hans Georg Gadamer, Michel De Certeau, Reinhardt Koselleck, Hayden White, o Arthur Coleman Danto, por distintos senderos han examinado y reconocido el carácter de las implicaciones narrativas de la historia y es precisamente por esta condición que las fronteras

entre historia y literatura pueden tornarse difusas.<sup>12</sup>

Y es que no obstante que existe una diferencia mayúscula en el soporte documental que cimienta y legitima el trabajo del historiador respecto al del literato, al momento en que el segundo construye su relato y ofrece a su lector una explicación de la historia, reconstruye los hechos y acontecimientos desde su particular narrativa por y desde su subjetividad, que es uno de los rasgos centrales de la literatura.

En otras palabras, si bien el historiador pretende ser fiel a los hechos que examina en aras de alcanzar la verdad histórica a través de un arduo proceso de selección, organización, definición e interpretación de datos que somete desde parámetros objetivos, metodológicos y científicos, enmarcados en un contexto temporal que le brinde orden y secuencia a su relato.<sup>13</sup>

Pero precisamente en el momento que el historiador maneja y manipula con criterios arbitrarios la información que extrae de diferentes fuentes, en ese momento al construir su particular relato lo "ficcionaliza" y la convierte en algo distinto de lo que éste era. Es decir, este re-

lato ofrece una particular lectura de la realidad, pero no necesariamente refleja fielmente la realidad misma, ya que ésta siempre es más amplia, más heterogénea y más que compleja que cualquier representación de la misma.

La experiencia narrativa de escribir la historia entonces, puede parecerse en demasía a escribir una novela, ya que tanto el novelista como el historiador hacen uso de su capacidad narrativa para que los hechos inmersos en sus discursos puedan leerse como un relato con estructura, unidad y orden. Pero más allá de esta afinidad en la construcción de los relatos, los límites entre historia y literatura pueden y deben trazarse, ya que mientras el historiador, pugna por alcanzar productos con criterios de objetividad y verosimilitud, el novelista o creador literario tiene más libertad de acción al no estar obligado a los referentes anteriores.

En este sentido, la historia en tanto forma de conocimiento no puede renunciar a la pretensión de ser verosímil, de ofrecer a sus lectores una descripción verdadera del pasado, a través de una serie de pasos metodológicos para el análisis de las fuentes (testimonios, documentos, archivos) y reconstruir lo que realmente sucedió, mientras que los relatos literarios solamente exploran las posibilidades de la existencia humana.

En síntesis, si bien existen importantes rasgos que empatan a la literatura y la historia específicamente en el ámbito del relato y de la narrativa, estos discursos poseen notables diferencias en función del carácter científico y metodológico de la historia, así como la intencionalidad, los objetivos y productos que estos dos tipos de discursos pretenden alcanzar.

<sup>12</sup> Sobre las diferentes implicaciones historiográficas y hermenéuticas que ha traído consigo el debate de ideas de autores como Ricoeur, De Certeau, Gadamer, Koselleck, White, o Danto revítese el interesante texto de Silvia Pappé, *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*, 175 pp.

<sup>13</sup> Carlos Mendiola expone que la verdad siempre conlleva un compromiso moral... "La verdad histórica no solo tiene sentido por lo que dice, sino también por la manera en que lo dice y en lugar que lo dice. Por eso el discurso histórico muestra que la verdad requiere reflexión". Cf., Carlos Mendiola, "La historia como discurso crítico", José Ronzón y Saúl Jerónimo (coords.) *Formatos, Géneros y discursos*, pp. 389-400.

En este panorama, los objetivos de ambas disciplinas por construir su particular representación de la representación de la realidad en el transcurso del tiempo, los hace concordar en su manera de aproximarse al tratar de explicar dicha imagen, naturalmente las principales fronteras entre la literatura y la historia se presentan en el particular discurso, estrategia narrativa y tono de enunciación para estructurar, y en su caso representar dicha explicación.

De este modo, la historia y la literatura en tanto significación material asume una peculiar narrativa para reconstruir el pasado o hacer una descripción puntual de la realidad. Sobre el tema la investigadora Silvia Pappe señala:

¿Qué hacemos cuando escribimos historia?: darle presencia física a algo –la historia– que existe, pero que aun no dispone de esta presencia. Lo que nos debe de preocupar no es, entonces, la historia sin escribir frente a la historia escrita: lo que nos obsesiona es la escritura de la historia como posibilidad y como constitución de la misma, entendiendo constitución como proceso de estructuración, de significación.<sup>14</sup>

Este proceso de estructuración y significación al que alude Pappe, conduce a la reflexión de que en ocasiones no se cavila con detenimiento en las posibilidades que ofrecen la historia o la literatura en tanto discursos similares en cuanto a su enunciación escrita y como fuentes relevantes para construir y entender la rea-

lidad de la cual formamos parte, pero discursos muy diferentes en lo referente a su tono e intencionalidad al momento de su emisión y recepción.

De esta manera, no resultan de todo ajenos o extraños los llamados de la literatura a la historia y viceversa, en la idea que estas dos áreas de conocimiento puedan caminar juntas para dotar de sentido y significación al ser humano en tanto sujeto activo de un pasado histórico que puede releerse desde diferentes miradas (desde la objetividad y búsqueda de la verdad que la historia busca desde diversas metodologías o desde el terreno de la subjetividad, de la recreación de la verdad con elementos propios de la ficción que ofrece la literatura)

En este sendero, considero oportuno recuperar el siguiente testimonio del comprometido escritor y humanista Carlos Montemayor:

La literatura es una de las formas de conocimiento de la realidad, no una forma de evasión de la misma (...) Cuando los trabajos del historiador y del novelista se hermanan, se aproximan, no se debe a la pasión por la historia, sino a la pasión por la realidad humana, a la pasión por lo humano.<sup>15</sup>

Por lo antes expuesto, la historiografía es una herramienta que permite examinar la realidad desde lo histórico y qué mejor que el examen de un acontecimiento con tintes míticos tan marcados como la

<sup>14</sup>Silvia Pappe, “¿La historia se puede escribir? (Itinerario y trayecto de una pregunta)”, José Ronzón, et. al., *Memorias del Segundo Encuentro de Historiografía*, p. 406.

<sup>15</sup>Carlos Montemayor, “La literatura: una dimensión humana de la historia”, Discurso con motivo de su nombramiento como Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (8 de noviembre de 1995), *Cuadernos Universitarios*, núm. 24.

revolución mexicana para valorar a otro tipo de grafías que desde el plano de la subjetividad, de la abierta toma de posición, con un tono crítico y humorístico, ofrecen una interesante representación de los resultados funestos que la revolución mexicana trajo consigo. Para ilustrar lo anterior, en el siguiente apartado repararé en la novela *Los relámpagos de agosto*, del escritor guanajuatense Jorge Ibargüengoitia quien desde el género de la parodia denuncia con humor la anacrónica mirada de los apologistas de la revolución

### III. *Los relámpagos de agosto*: la historia como parodia

*La ideología de la revolución mexicana se puede escribir en el puño de una camisa*  
Jorge Ibargüengoitia

Quiero subrayar que no pretendo hacer un compendio de virtudes de una obra que por su excelente manufactura se sostiene por sí misma, pero sí deseo construir un discurso crítico en el que se puedan examinar, a la luz de nuestro presente, los problemas historiográficos que subyacen en la novela *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibargüengoitia quien desnudó con todas sus flaquezas a los acontecimientos históricos investidos de una impostada aura gloriosa como la revolución mexicana.<sup>16</sup>

En este sentido me respaldaré en una divertida anécdota de una confe-

rencia que literalmente dictó, Jorge Ibargüengoitia, en 1965 y que cita Juan Villoro y Víctor Díaz en la edición crítica de *Los relámpagos de agosto*:

Después de presentarse a sí mismo, Jorge Ibargüengoitia explicó que no iba a leer su conferencia por la sencilla razón de que no la tenía escrita... Dijo que lo ideal sería que el público preguntara y el narrador contestara, pero como el público real era incapaz de hacer preguntas atinadas, iba a comenzar haciendo las tres preguntas fundamentales que hubiera hecho un espectador ideal, iba a responderlas y después, el público real tendría derecho a hacerle las preguntas pertinentes. Las tres preguntas fundamentales fueron las siguientes: ¿Por qué escribía el conferenciante? ¿Cómo escribía? ¿Qué escribía? La primera se refería a sus motivos, la segunda a sus métodos y la tercera a sus obras.<sup>17</sup>

En otras palabras, aunque me encuentro lejos de ser el espectador ideal que Ibargüengoitia anhelaba, retomaré los temas derivados que sus interrogantes sugerían para organizar mi análisis en torno a un novelista que hizo del sentido del humor a su mejor aliado y cuya obra y trascendencia, afortunadamente se empieza a revalorar en el ámbito cultural de nuestro país.

#### a) Motivos, métodos y obra

Publicada en 1964, la novela, *Los relámpagos de agosto*, se convirtió en un éxito de ventas por su calidad literaria es

<sup>16</sup> Jorge Ibargüengoitia, *Los relámpagos de agosto*, 134 pp.

<sup>17</sup> Víctor Díaz y Juan Villoro (comps.) *Jorge Ibargüengoitia. El atentado / Los relámpagos de agosto*, p. 421.

cierto, pero también por sus hondas repercusiones históricas, ya que el autor recrea con fidelidad y con ácido buen humor la atmósfera de corrupción e ineficacia de la clase política triunfante de la revolución, que gestó, dio orden y legitimidad al sistema político que reinó durante varias décadas.

Curiosamente, Iburgüengoitia, sin proponérselo, con su mordaz crítica a la clase política del país, se adelantó, desde el terreno de la literatura, a lo que desde el horizonte de enunciación de la academia se denominó como *revisiónismo histórico*, y que es una corriente representada por un grupo de historiadores que desde finales de los años sesenta, examinó los pobres resultados de la “heroica y popular” Revolución, que para el fin del sexenio de Adolfo López Mateos, daba muestras palpables de agotamiento.<sup>18</sup>

Conviene subrayar que la revolución mexicana, durante la primera mitad del siglo XX permeó notoriamente no solamente en el naciente espacio de la academia de Historia sino en la literatura nacional, con autores de la talla de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Emilio Rabasa o José Rubén Romero, dotados escritores y testigos de batallas y de las vicisitudes del poder.<sup>19</sup>

Ahora bien, no quiero ahondar en una temática que por sí sola daría espacio para intensos debates como la novela de la revolución mexicana, género en el que

se puede utilizar diferentes criterios de análisis, por ejemplo: estructura, tema y temporalidad. En este horizonte, *Los relámpagos de agosto*, no puede considerarse una novela de la Revolución ya que en palabras de Sergio Pitó, “las clásicas novelas de la Revolución son no sólo narraciones de ficción sino, sobre todo, un testimonio histórico”.<sup>20</sup>

Aunque *Los relámpagos de agosto*, alude a temas de la historia reciente no puede calificarse como una novela histórica. Es decir, no es un texto que en términos estrictos se pueda calificar como un testimonio fidedigno de la época, aunque tampoco es un escrito que solamente entretiene al lector, sino que también lo alienta a la reflexión.

En este sentido, Iburgüengoitia nunca pretende hacer historia, pero sí hace una mordaz crítica a la “fauna política” emanada de la Revolución .que utilizó a dicha coyuntura para dar legitimidad a un régimen autoritario y corrupto. En este sentido, recupero al historiador Carlos Martínez Assad que ahonda en el debate de la particular relación entre la historia y la literatura expresada en *Los relámpagos de agosto*:

Es una gran irreverencia para la literatura y para la historia buscar las semejanzas que las identifiquen porque la primera entra en el terreno de la ficción y la segunda reproduce e interpreta los procesos sociales. Los hechos históricos y los personajes de Iburgüengoitia son obra de la ficción y de las licencias literarias, por ello encontrar en su novela *Los relámpagos de agosto* los episodios

<sup>18</sup> Sobre el tema revítese Carlos Martínez Assad “El revisionismo histórico por medio de la novela”. *Jorge Iburgüengoitia*, pp. 228-245.

<sup>19</sup> Mariano Azuela (*Los de abajo*), Martín Luis Guzmán (*La sombra del caudillo*) o José Vasconcelos (*Ulises Criollo*), Emilio Rabasa (*La bola*), José Rubén Romero (*Apuntes de un lugareño*) y Mauricio Magdaleno (*El resplandor*).

<sup>20</sup> Sergio Pitó, “Jorge Iburgüengoitia”. Víctor Díaz y Juan Villoro. *Jorge Iburgüengoitia, op. cit.*, p. XXI.

y personajes reales que lo inspiraron no es sino un ejercicio escolástico que continúa el juego en el que el autor nos involucró. Esta lectura es consecuencia de la disciplina histórica y de la pasión por la literatura, revela que los procesos y personajes del escritor pueden ser si no identificables al menos referidos por las lecturas y el tiempo que le tocó vivir al guanajuatense porque finalmente fue él quien estableció las coincidencias.<sup>21</sup>

### b) El humor como crítica

De manera sucinta, *Los relámpagos de agosto* recrean las memorias de José Guadalupe Arroyo, un general divertidamente inepto en las reyertas militares y políticas, quien a manera de defensa de los testimonios en su contra de un viejo compañero de armas (el Gordo Artajo), dicta sus vivencias al "soez" de Ibargüengoitia para "deshacer algunos malentendidos, confundir a algunos calumniadores y poner los puntos sobre las íes" respecto a su participación en la llamada Revolución del 29". Y es que tal como apunta Juan Villoro "En el espejo hechizado de Jorge Ibargüengoitia, los aguerridos papanatas que destruyeron al país son fiscales de sí mismos".<sup>22</sup>

De este modo, lo rescatable en *Los relámpagos de agosto* no es el destino al que se arriba al concluir su lectura, si no el mismo viaje al que la novela lleva a sus lectores. Narrado en primera persona, desde el punto de vista del general Arro-

yo, se nos van presentando situaciones chuscas, ineptitudes, traiciones, "chaquetazos" y muchas situaciones jocosas que tiene que afrontar Arroyo para defender su "integridad" de soldado y general de la Revolución mexicana.<sup>23</sup>

En este escenario, aunque subyace una seria crítica a la Revolución y a sus caudillos, a Ibargüengoitia le interesa más la manera en que se relata la historia en los canales oficiales, que hicieron del pasado reciente de México un grandilocuente argumento poblado de héroes impolutos:

Si la historia de México que se enseña es aburrida, no es por culpa de los acontecimientos, que son variados y muy interesantes, sino porque los que la confeccionaron no les interesaba presentar el pasado, sino justificar el presente".<sup>24</sup>

De esta manera la novela, si bien alude a los sucesos sangrientos de Huitzilac, Morelos; en la fallida rebelión del Gral. Gonzalo Escobar de 1929; y en pasajes de la novela *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán; la intencionalidad de Ibargüengoitia no fue hacer una crítica directa a la novela de la revolución mexicana, sino apoyarse en el género de las memorias militares que en los años cuarenta estuvieron de moda.

<sup>21</sup> Martínez Assad, "El revisionismo histórico", *op. cit.*, p. 245.

<sup>22</sup> Juan Villoro, "El diablo en el espejo". Víctor Díaz y Juan Villoro, *Jorge Ibargüengoitia, op. cit.*, pp. XXII-XXXVIII.

<sup>23</sup> Arturo Trejo, "Realidad y ficción en dos novelas: 'La sombra del caudillo' y 'Los relámpagos de agosto' (entre sombras y relámpagos)". *Revista A (En torno a la literatura mexicana)*, México, Vol. VII, Núm. 18, UAM-A, mayo-agosto de 1986, pp. 70-71.

<sup>24</sup> Jorge Ibargüengoitia, *Instrucciones para vivir en México*, 1990.

En este caso Iburgüengoitia recupera las memorias del General Juan Gualberto Amaya tituladas: *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes "peleles" derivados del callismo*, para encontrar el tono narrativo, y hasta las características y humor involuntario de varios de sus personajes.<sup>25</sup> Cito al escritor:

Quando yo era chico, todos los generales revolucionarios en retiro ya no tenían nada qué hacer más que escribir sus memorias para justificarse, que ellos pagaban, ellos editaban, ellos escribían y nadie compraba (...) Basándome en este género y no en la novela de la Revolución, que no me interesa se me ocurrió escribir una novela. Todo lo que está en *Los relámpagos* no es exactamente copiado, pero está inspirado en esos libros.<sup>26</sup>

En otras palabras, Iburgüengoitia explica que su intención fue elaborar un escrito similar a las memorias de varios generales retirados quienes justificaban como podían sus enormes yerros y vicios; forjaban para sí un espacio en el "Olimpo" de la patria moderna e institucionalizada y con ello legaban su "verdad" histórica.

Así, Jorge Iburgüengoitia pone el dedo en la llaga a través de recursos retóricos que le otorgan originalidad a su obra y desacraliza con humor a una abstracción que hoy en día no se reflexiona por

sus magros resultados, sino que se celebra irreflexivamente y lo que es peor, se comprueba que la trama se queda corta con las vicisitudes de una realidad política a veces más grotesca y caricaturesca que la narrada en la novela.<sup>27</sup>

Sobre este particular, recupero al recientemente fallecido Carlos Monsiváis:

En la novela de Iburgüengoitia, nadie ni nada se salvan porque el autor y el lector ya han aprendido con la amargura del caso a desconfiar de las estatuas y de las proclamas. No se niega la existencia de gestas y de mártires; y, solo ese aclara que estos no podían sobrevivir a las marrullerías y bajezas de los generales. Iburgüengoitia no asegura que su concepción del pasado es la única posible; es la que a él le interesa.<sup>28</sup>

En este contexto, se ha vuelto un lugar común decir que las habilidades retóricas de Iburgüengoitia, se reducen a su cáustico sentido del humor, como si solamente fuese un autor "chistoso", pero sin valorar a detalle su estrategia narrativa, la estructura y el contenido de sus textos, la claridad de su lenguaje y la construcción de sus personajes.

<sup>25</sup>No obstante que muchos críticos de Iburgüengoitia señalan que no hace una crítica directa de la revolución puesto que su novela se ubica en 1928-1929, las críticas a la clase política militar dan cuenta que la esencia de las "causas revolucionarias" es pelear los beneficios que éstas dan a las élites políticas.

<sup>26</sup>Margarita García, "Yo no soy humorista!". Víctor Díaz y Juan Villoro, *Jorge Iburgüengoitia*, op. cit., p. 409.

<sup>27</sup>Carlos Martínez Assad examina cómo Iburgüengoitia hace un sólido trabajo de investigación para la construcción de su trama. Así, en la novela desfilan personajes ficticios que aluden a figuras históricas relevantes a finales de los años veinte: José Guadalupe Arroyo (especie de parodia de José Gonzalo Escobar) Vidal Sánchez (Plutarco Elías Calles), Marcos González (Álvaro Obregón), Gordo Artajo (Saturnino Cedillo), Eulalio Pérez H. (Emilio Portes Gil), Gregorio Meléndez (Aarón Sáenz) Juan Valdivia (Pascual Ortiz Rubio). Cf., Martínez Assad "El revisionismo histórico", *Op. cit.*, pp. 228-245.

<sup>28</sup>Carlos Monsiváis, "Jorge Iburgüengoitia en el proceso de la novela mexicana". *Recopilación de textos (1)*, p. 27. En línea <http://www.quedelibros.com/libro/15539/Recopilacion-De-Textos-1.html>.

En *Los relámpagos de agosto*, Ibargüengoitia exhibe en su humana condición, al general Arroyo, quien se autoerige como un "héroe" de la revolución mexicana, pero cuyas acciones lo convierten en una figura patética y opuesta a su discurso (Por ejemplo: si Arroyo, en sus memorias se califica como "valiente, honrado, inteligente, leal y solidario", los hechos descritos nos muestran que es totalmente lo contrario).

Quiero poner hincapié cómo *Los relámpagos de agosto*, además de concebirse como una novela entretenida también es un discurso disruptor y crítico que con una sencillez desarmante desmitifica y desarropa a la revolución. Es decir, Ibargüengoitia hace una demoledora parodia sobre las consecuencias de la revuelta armada, que dio paso al ejercicio del poder de la truculenta clase política ganadora de la gesta.

Extraigo un pasaje de la novela que alude a la conversación que sostiene el General Arroyo con el astuto presidente Vidal Sánchez, que evidencia con crudeza la falta de ética y la ausencia de valores de los personajes:

Con el valor civil que siempre me ha caracterizado, le dije lo siguiente:  
 – Ese individuo (Eulalio H.) no tiene energía bastante (con otras palabras) ni es simpático, ni tiene méritos en campaña. Nunca podrá hacer unas elecciones libres

– ¿Pero quién quiere elecciones libres?  
 – Textual.

Yo me escandalicé ante tanto descaro y le recordé los postulados sacrosantos de la Revolución. Él me contestó:

– ¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor Obispo. Nosotros los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que nece-

sita este México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos un gobierno revolucionario, no elecciones libres... Necesitamos alguien que no tenga amigos, ni enemigos, ni simpatías, ni planes, ni pasado, ni futuro, es decir, un verdadero fantecho<sup>29</sup>

En este breve diálogo, resulta devastadora la opinión del presidente Vidal Sánchez respecto a la farsa que representaban las elecciones libres como un magno ideal de la Revolución mexicana. De este modo, en el contexto de regímenes revolucionarios o "robolucionarios", Ibargüengoitia utiliza el humor con gran habilidad para burlarse del nacionalismo recalcitrante de la época y de las banderas del progreso siempre postpuestas. Tal como citaba Ibargüengoitia:

La Revolución y los pobres mexicanos son los dos productos de exportación más grandes que hay en el país. Y la ideología de la revolución mexicana se puede escribir en el puño de una camisa.<sup>30</sup>

En este panorama, resulta pertinente la cita del escritor argentino, Ricardo Piglia, quien afirma que "la parodia hace ver al anacronismo, o al menos trata de hacerlo ver". Ibargüengoitia conoce y aprovecha este recurso y en su construcción ficticia de hechos, entremezcla lo viejo con lo nuevo y en esta fusión de representaciones, evidencia a la clase política revolucionaria triunfante.<sup>31</sup>

<sup>29</sup>Ibargüengoitia, *Los relámpagos de agosto*, 2003, pp. 38-39.

<sup>30</sup>*Ibidem*.

<sup>31</sup>Ricardo Piglia citado por Ana Rosa Domenella, "Jorge Ibargüengoitia. La revolución como un robo". Víctor Díaz y Juan Villoro, *Jorge Ibargüengoitia, op. cit.*, p. 2.

Así, Ibargüengoitia, desde la honestidad que el sentido ético del humor puede permitir, se afirma como una figura transgresora que reconstruye un pasado reciente hecho de bronce pero en el que sus protagonistas sacan el cobre cada que pueden. Hoy en día nos damos cuenta que el proceso comunicativo del autor con sus lectores permanece vigente y lo más valioso: trasciende el paso del tiempo, ya que Ibargüengoitia fue un peculiar analista y literato que descalificando los sucesos lo calificaba, es decir, en su discurso los caudillos mexicanos serán menos aburridos y más interesantes si se les trata como seres humanos ordinarios y no como estatuas inermes.

Juan Villoro señala que el humor nunca ha sido bien visto en un país dominado por la solemnidad e hipocresía, y subraya que este rasgo provocó que a Ibargüengoitia se le diera el calificativo de simple humorista. En este sentido, se puede cavilar en torno a este menosprecio y evocar al escritor Sergio Pitol quien se pregunta: "si el humor resulta más revolucionario por antisolemne y crítico ¿Por qué se le resta valor?"

En resumen, Jorge Ibargüengoitia nos muestra hasta qué punto la temporalidad es tan relativa, ya que los políticos mexicanos, más allá de los contextos históricos en que se desenvuelven, reproducen patrones de conducta similares: ya fuera en los años veinte, época en que está ambientada la novela; o en 1964, año en que Ibargüengoitia publica su obra, o a mediados de 2010, fecha en que realicé esta ponderación.

## Reflexiones que no se cierran

En el presente trabajo examiné a detalle algunas de las diversas motivaciones que llevaron al discurso académico y literario —desde la novela *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia— a romper con la idea de una revolución en apariencia homogénea y triunfante. Y es precisamente desde la historiografía, que se puede apreciar a dicha coyuntura como un espacio en movimiento, abierto y activo, en el que se puede reflexionar en torno a la transmisión, la recepción y la reconfiguración de los discursos históricos, pero también de otro tipo, como el literario.

Con base en lo anterior, hoy en día vivimos en carne propia los resultados de una revolución que, en mi opinión, ha extraviado el rumbo desde hace varias décadas y que se puede ver reflejado en la dolorosa pobreza de más de 60 millones de mexicanos; en la carencia de un proyecto de nación que oriente el rumbo de un país sumido en la violencia y el desencanto; en el poder omnímodo de las empresas televisoras en el país que asumen funciones que el Estado debería cubrir, todo enmarcado en un cúmulo de estériles ceremonias oficiales de un gobierno federal que "celebra" lo que en sus orígenes y esencia niega.

Es decir, hoy en día presenciamos a un partido en el poder que no cree en lo que festeja porque no está en su naturaleza vitorear movimientos populares que enarbolaron banderas de igualdad y justicia social. Pero también es cierto que los partidos políticos opositores que se han montado en la categoría de revolución en sus siglas, han utilizado pragmáticamente a dicho concepto hasta vaciarlo de contenido.

La enseñanza principal del presente ensayo es que las lecturas de los acontecimientos no se cierran con determinadas miradas, si no que éstos deben estar abiertas a nuevos debates, a nuevas interpretaciones y representaciones de lo histórico, porque solamente la reflexión crítica de la realidad en la que estamos inmersos nos puede llevar a realizar una lectura objetiva de la misma, sin celebraciones estériles ni autocomplacencias, como nos sugiere las relecturas críticas de la revolución mexicana desde el ámbito académico de la historia o desde la mirada demoledora de Jorge Ibargüengoitia en la loable novela, *Los relámpagos de agosto*.

## Fuentes consultadas

- Barrón, Luis. *Historias de la revolución mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Díaz, Víctor y Juan Villoro (comps.) *Jorge Ibargüengoitia. El atentado/Los relámpagos de agosto*. Francia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura Económica, 2004. [Serie Colección Archivos, núm. 53]
- Domenella, Ana Rosa. "Jorge Ibargüengoitia. La revolución como un robo". Víctor Díaz y Juan Villoro, *Jorge Ibargüengoitia, Instrucciones para vivir en México*, México, Joaquín Mortiz. 1990, pp. 279-285.
- Florescano, Enrique. *El nuevo pasado mexicano*. México, Cal y Arena, 1991.
- Ibargüengoitia, Jorge, *Instrucciones para vivir en México*, México, Joaquín Mortiz. 1990.
- \_\_\_\_\_. *Los relámpagos de agosto*, México, Planeta-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2003.
- Krauze, Enrique. *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*. México, Siglo XXI, 1976.
- Matute, Álvaro. *Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Historia*. México, 7 de julio de 1998.
- Mendiola, Carlos. "La historia como discurso crítico". José Ronzón y Saúl Jerónimo (coords.) *Formatos, Géneros y discursos. Memorias del Segundo Encuentro de Historiografía*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2000.
- Monsiváis, Carlos. "Jorge Ibargüengoitia en el proceso de la novela mexicana" Recopilación de textos (1), p. 27. En línea: <http://www.quedelibros.com/libro/15539/Recopilacion-De-Textos-1.html>
- Montemayor, Carlos. "La literatura: una dimensión humana de la historia", Discurso con motivo de su nombramiento como Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. 8 de noviembre de 1995. *Cuadernos Universitarios* núm. 24, México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1996.
- Pappe, Silvia. "¿La historia se puede escribir? (Itinerario y trayecto de una pregunta)". José Ronzón, *et. al., Memorias del Segundo Encuentro de Historiografía*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2000.
- \_\_\_\_\_. *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2001.

Rico Moreno, Javier. *Pasado y futuro de la historiografía de la Revolución mexicana*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Universidad Autónoma Metropolitana, 2000.

Trejo, Arturo. "Realidad y ficción en dos novelas: 'La sombra del caudillo' y 'Los relámpagos de agosto' (entre

sombras y relámpagos). *Revista A (En torno a la literatura mexicana)*. México, vol. VII, núm. 18, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, mayo-agosto de 1986.

Valdez, Carmen, et. al. *Siglo XX. Historiografía general*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2000.